Nørdicalibros



BRASSENS

Georges Brassens

Poemas & Canciones

Ilustrado por

EMILIO URBERUAGA

Traducido por

María Teresa Gallego Urrutia

y

Amaya García Gallego

GEORGES BRASSENS

BRASSENS. Poemas y Canciones

Edición bilingüe

Nórdica Libros
2021
Alcobendas, Madrid

Une première édition de cet ouvrage a été publiée par
Les Éditions Musicales 57 en 1973

Traducción de
María Teresa Gallego Urrutia
Y Amaya García Gallego

Para mis amigos de la B mayúscula:
Baladín, Bellver, Berenjeno, Bodas y Biñango *

Algunas noches Brassens se alza sobre su tumba y dirige la mirada hacia la playa donde no fue enterrado, algo que agradece su paisano Paul Valéry con quien comparte cementerio marino y paseos nocturnos por la playa de Sète.
—Tú tocabas la guitarra, ¿no? —pregunta Valéry.
—Sí, claro.
—Bien, bien.
Y caminan, Valéry con un cigarrillo entre los dedos y Brassens con una pipa entre los dientes.

Uno y otro hacen planes de futuro, del futuro más largo:
LA ETERNIDAD.

Emilio Urberuaga

* * *

RUEGO PARA QUE ME ENTIERREN
EN LA PLAYA DE SÈTE
(Supplique pour être enterré à la plage de Sète), 1966

Como la Segadora nunca me perdonó
porque en su nariz chata planté más de una ñor,
me persigue con necio ahínco.

Y ya que los entierros me están acorralando,
quiero mi testamento tener actualizado
y añadirle un codicilo.

Moja en la tinta azul del golfo de León,
moja, moja la pluma, amigo tabelión,
y con primorosa escritura
apunta lo que debe ocurrir con mi cuerpo
cuando mi alma y él no se pongan de acuerdo
más que en un punto: la ruptura.

Que hasta el suelo natal me encaminen en tren.
A bordo del Paris -Lyon-Meditérranée
viaje mi cuerpo en coche cama,
cuando vuele mi alma al cielo de París
con Gavroche, las grisetas, los pilluelos, Mimí (1)...
Sète es el punto de llegada.

Mi panteón familiar tiene una edad provecta
y, hablando en plata, está lleno hasta la bandera.
Creo que nadie piensa irse.
Y, aunque el tiempo apremie, no vendría al caso
pedir a mis ancestros que le dejaran paso
al más joven, como quien dice.

A la orilla del mar, a su azul arrimado,
cavad, si puede ser, un agujero blando,
una acogedora guarida,
cerca de los delfines, mis amigos de infancia,
en esa costa de arena fina y blanca,
en la playa de La Cornisa.

Una playa en que, incluso en momentos de rabia,
no se toma Neptuno por la tremenda nada;
donde, sí un barco se va a pique,
vocea el capitán: «Cada cual a su puesto,
los toneles de vino y de pastís primero.
A mí que nadie me replique».

Fue allí donde antaño, con quince años cumplidos,
cuando ya jugar solo no tenía sentido,
tuve, al fin, una aventurilla.
Con una mujer pez, una mujer sirena
aprendí del amor las lecciones primeras,
me tragué la primera espina.

Aunque a Paul Valéry no puedo admirar más,

yo, humilde trovador, lo quiero superar,
que me lo perdone el maestro.
Y dado que sus versos valen más que los míos
sea mi cementerio, de ambos, el más marino. (2)
Por los autóctonos lo siento.

Esta tumba, cual sandwich, entre el agua y el cielo
no le dará al paisaje ningún toque de duelo,
sino una singular belleza.
La usarán las bañistas como biombo discreto
para cambiar de ropa, y los niños pequeños
dirán: «¡Qué castillo de arena!».

¿Será mucho pedir que en ese terrenito
me plantéis, os lo ruego, algo así como un pino,
piñonero de preferencia,
que pueda proteger contra la insolación
a los buenos amigos que hasta mi concesión
vengan a hacerme reverencias?

O llegando de España o de Italia llegando,
de perfumes y lindas músicas cargados,
el mistral y la tramontana
hasta mi último sueño llevarán melodías
de villanela un día, de fandango otro día,
de tarantela y de sardana.

Y cuando alguna ondina, mi túmulo convierta
en almohada mullida para dormir la siesta
poco menos que en cueros vivos,
a Jesús le suplico no me lo tenga en cuenta
sí de mi cruz la sombra encima se le echa
para un postumo gustillo.

Ay, pobres faraones, pobre Napoleón,
ay, pobres grandes hombres, esos del Panteón,
cenizas de prosapia ¡pobres!,
¡cuánto le envidiaréis su veraneo eterno,
paseando en patín, por las olas, su sueño,
a este muerto de vacaciones!
¡Cuánto le envidiaréis su veraneo eterno,
paseando en patín, por las olas, su sueño,
a este muerto de vacaciones!

LA MALA FAMA
(La mauvaise réputation), 1952

En el pueblo, no es por fardar,
mi mala fama es proverbial.
Que la líe o me porte bien,
el malo siempre voy a ser.
Y eso que a nadie le perjudica
que tan solo quiera vivir mi vida.

La gente de bien lleva mal
que haya harinas de otro costal.
Sí, la gente lleva fatal
que haya harinas de otro costal.
Todos me ponen a parir
menos los mudos, eso es así.

El catorce de julio es
la fiesta grande del buen francés.
Pero es que a mí me da igual
ver a la banda desfilar.
Y es que a nadie le perjudica
que me quede metido en la camita.

La gente de bien lleva mal
que haya harinas de otro costal.
Sí, la gente lleva fatal
que haya harinas de otro costal.
Todos me apuntan por ahí
menos los mancos, eso es así.

Si veo a un poli perseguir
a un ratero infeliz,
lo tengo que reconocer:
al poli le pongo un traspié.
Y es que a nadie le perjudica
que ayude a que un pobre sobreviva.

La gente de bien lleva mal
que haya harinas de otro costal.
Sí, la gente lleva fatal
que haya harinas de otro costal.
Todos se tiran sobre mí
menos los cojos, eso es así.

Hasta el menos perspicaz
sabe cómo voy a acabar:
colgado en la plaza mayor
cuando encuentren la soga *ad hoc*.

Y eso que a nadie le perjudica
que yo tenga metas alternativas.

La gente de bien lleva mal
que haya harinas de otro costal.
Sí, la gente lleva fatal
que haya harinas de otro costal.
Todos irán a verme ahorcar
menos los ciegos, iasí será!

EL GORILA
(Le gorille), 1952

Tras unos barrotes bien gruesos
las mujeres de la región
miraban un gorila inmenso
perdiendo la reputación.
Las muy frescas de esas comadres
se fijaban en especial
en ese sitio que mi madre
me tiene prohibido nombrar.
¡Ojo al gorila!...

Aunque bien cerrada, la cárcel
donde vivía el animal
sin motivo aparente se abre
(será que la cerraron mal).
El mono al salir de la jaula
dice: «De hoy esto no pasa».
Y queda más claro que el agua
que en su virginidad pensaba.
¡Ojo al gorila!...

El dueño del zoo ambulante
«¡Cagoenlamar!» gritó alarmado.
«Está la cosa preocupante
porque el mono no se ha estrenado»
Cuando supo la tribu de hembras
que era un mono sin desvirgar
salió pitando en vez de, atenta,
agarrar la oportunidad.
¡Ojo al gorila!...

Incluso aquellas que, hacía un rato,
lo miraban muy decididas
se largaron dejando claro

que carecían de ideas fijas.
Y eso que no era nada heroico
porque el gorila es un barbián
superior al hombre en el coito
y muchas lo confirmarán.
¡Ojo al gorila!...

Por medio ponen todas tierra
viendo al gorila encelado
menos una vieja muy vieja
y un joven juez novato.
Al ver que todas se largaban,
y falda y toga confundiendo,
el cuadrúmano fue a la zaga
de los femeninos atuendos.
¡Ojo al gorila!...

Suspiraba la centenaria:
«Que con mi edad me desearan
sería cosa extraordinaria
por no decir inesperada».
El juez se decía, impasible:
«Que por una mona me tomen
es completamente imposible».
Verán que resultó que ¡nones!
¡Ojo al gorila!...

Si alguno de ustedes, cualquiera,
se viera forzado a violar
a un juez o a una bisabuela
¿con cuál se querría quedar?
Si alternativa semejante
me tocase a mí un buen día
vaya desde ahora por delante
que a la vieja preferiría.
¡Ojo al gorila!...

Pero, por desgracia, el gorila
aunque destaque en el amor
sabemos que afinar, no afina
en el buen gusto y el primor.
Así que en vez de ir por la vieja,
como cualquiera habría hecho,
agarró al juez por la oreja
y escogió un matorral por lecho.
¡Ojo al gorila!...

Ya sé que lo que pasó luego
muy sabroso resultaría,
pero contárselo no puedo,
siento privarles de esas risas.
Porque en la hora culminante
el juez lloraba: «¡Ay, mamá!»
como el hombre al que, poco antes,
la cabeza mandó cortar.
¡Ojo al gorila!...

EL PARAGUAS
(Le parapluie), 1952

Por la carretera ella iba,
llovía una barbaridad.
Paraguas yo sí que tenía,
robado a un amigo, quizá.
Corriendo fui por si quería
el amparo que le ofrecí,
y secándose la carita
muy dulce me dijo que sí.

Un paraguas le doy,
el paraíso me da.
Era, como quien dice, un ángel.
El paraíso me da
si un paraguas le doy,
no pierdo nada al cambiar.

Qué tierno fue, al ir andando,
oír la bonita canción
que en mi paraguas, mi tejado,
la lluvia brindaba a los dos.
Ojalá igual que en el diluvio
cayera agua a troche y moche
para tenerla en mi refugio
tantos días con sus noches.

Un paraguas le doy,
el paraíso me da.
Era, como quien dice, un ángel.
El paraíso me da
si un paraguas le doy,
no pierdo nada al cambiar.

A algún lugar van los caminos
por más que llueva, ¡qué dolor!,
y pronto el que era su destino
le puso un dique a mi ilusión.
Tras dar las gracias, muy cumplida,
allí me tuvo que dejar,
y la miré, tan menudita,
irse a olvidarme sin pesar.

Un paraguas le doy,
el paraíso me da.
Era, como quien dice, un ángel.
El paraíso me da
si un paraguas le doy,
no pierdo nada al cambiar.

ELANTAÑÓFILO
(Le passéiste), 1982

Si parezco pueril, lo siento,
pero ¡pardiez!,
esta es la frase que prefiero:
«Erase una vez».
Y si en las tertulias critican
que me complazca
en esta mohína nostalgia
¡qué más dará!
Y en cuanto me dejo llevar
por el presente,
han de acudir las remembranzas
a socorrerme.
Que no le parezca extraño,
querida amiga,
que tenga Antaño y hogaño (3)
en la mesilla.

Aun si ofendo a la margarita,
he de decir
que eres mi flor favorita,
miosotis.
Las nieves de antaño (4) son
siempre más bellas
porque los rebaños ya no
las pisotean.
Copérnico, ¡qué suertudo!,

veía el cielo
sin ningún satélite ruso
interrumpiendo.
De las estrellas ya extintas
siento la luz;
de los campanarios en ruinas,
el ángelus.

No me importa que el tiempo roa
todos mis libros
pero que indulte mi memoria,
¡tesoro mío!
Aceptaré cualquier dolencia
que mande Dios,
pero que no sea la amnesia
¡por compasión!
Si parezco pueril, lo siento,
pero ¡pardiez!,
esta es la frase que prefiero:
«Érase una vez».
Si parezco pueril, lo siento,
pero ¡pardiez!,
esta es la frase que prefiero:
«Erase una vez».

BASTA CRUZAR EL PUENTE
(Il suffit de passerle pont), 1953

Basta cruzar el puente y ¡ya!,
en la aventura hemos entrado.
Deja que te agarre la saya
y te llevo a pasear al campo.
Hierba suave en Pascua Florida,
fuera zuecos, fuera almadreñas,
y brinquemos como cabritas
hacia las campanas que suenan.
¡Dan, din, don!, a maitines tocan,
para celebrar nuestra dicha.
¡Ding, ding, dong!, cállate la boca,
que al campanero di propina.

Deja que te agarre la saya,
corramos, yo brinco, tú brincas.
Basta cruzar el puente y ¡ya!,
aquí reinan las florecillas.

Entre todas las del lugar
adivino tu favorita,
no es la amapola, menos mal,
ni el junquillo, mas la prímula.
Una veo allí acurrucada,
terciopelo cual tus mejillas,
mientras la corto, monta guardia.
«Solo a ti he querido en la vida».

Damos tres saltitos y ¡ya!,
la tarantela va enseguida.
Deja que te agarre la saya,
no te romperé las puntillas.
Le he dado propina al pastor
para que una alborada toque,
así pues, niña, sin temor
vamos a dar miles de botes.
Con el pie golpeas el musgo,
sí una astilla se te ha clavado
no llores, niña, por el susto
que con los dientes te la arranco.

Ya ningún secreto tenemos,
nos queremos a nuestro gusto,
y si es un pecado, me alegro,
al infierno iremos juntos.
Basta cruzar el puente y ¡ya!,
deja que te agarre la saya.
Basta cruzar el puente y ¡ya!,
deja que te agarre la saya.

SOY UN GOLFO
(Je suis un voyou), 1954

En el corazón entierro una historia antigua,
Es un fantasma, un recuerdo de una ala que amé
El tiempo con su guadaña hace de las suyas.
Fue un bello amor, vivo aún, que no olvidaré.

Perdí el seso, al encontrarla,
por siempre jamás:
princesa en ropa de lana,
diosa tic corral.
Si al camino se echasen
las flores a andar

en Margot, qué duda cabe,
liarían pensar.
«A la Virgen —dije yo—
tú eres igual».
Que me lo perdone Dios,
pero era verdad.

Que me lo perdone o no
a mí me da igual;
soy un golfo y condenado,
seguro, estoy ya.

Fue a la iglesia y en un banco
se arrodilló.
Yo fui y le mordí los labios
por ver su sabor.
Preguntó en tono severo
qué quería hacer,
aunque no me puso peros:
cosas de mujer...
«Por la Virgen —dije yo—,
quédate conmigo».
Que me lo perdone Dios,
no hay en esto amigos.

Que me lo perdone o no,
a mí me da igual;
soy un golfo y condenado,
seguro, estoy ya.

Era una chica decente
de humor comprensivo.
En su corpino hinqué el diente
al fruto prohibido.
Preguntó en tono severo
qué quería hacer,
aunque no me puso peros:
cosas de mujer...
Y, sin querer, el vestido
le llegué a rasgar,
que me lo perdone Dios»
no podía más.

Que me lo perdone o no,
a mí me da igual;
soy un golfo y condenado,

seguro, estoy ya.

Perdí el seso por completo
perdiendo a Margot.
Se casó, sin gran empeño,
con un santurrón.
Como ha pasado el tiempo,
creo que tendrá ya
dos o tres crios pidiendo
la teta a mamá.
La teta que antes le daba
aquí a un servidor,
que me lo perdone Dios:
cosas del amor.

Que me lo perdone o no,
a mí me da igual;
soy un golfo y condenado,
seguro, estoy ya.

HE QUEDADO CON USTED
(J'ai rendez-vous avec vous), 1953

El astro rey de los cielos,
como no le tengo ley,
no me calienta, pero ¡a mí qué!:
he quedado con usted.
De sus ojos hechiceros
sale la luz que ansié.
El resto me importa un bledo:
he quedado con usted.

Como a mi señor casero
la casa le destrocé
me quita el techo, pero ¡a mí qué!:
he quedado con usted.
Es su vestido de vuelo
la morada que ansié.
El resto me importa un bledo:
he quedado con usted.

A mi señor tabernero,
como le dejo a deber,
ya no me sirve, pero ¡a mí qué!:
he quedado con usted.
Es la carne de su cuello

el alimento que ansié.
El resto me importa un bledo:
he quedado con usted.

Su majestad don Dinero,
como hago todo al revés,
se guarda el oro, pero ¡a mí qué!:
he quedado con usted.
Su corazón, ¡qué yesquero!,
es la fortuna que ansié.
El resto me importa un bledo:
he quedado con usted.

CANCIÓN PARA EL CARBONERO
(Chanson pour l'Auvergnat), 1954

Es para ti esta canción,
tú, carbonero, que sin más
me diste astillas, una o dos,
cuando me tocó tiritar.
Porque por ti entré en calor
cuando la gente del montón,
la gente honrada del lugar,
al raso me echó sin piedad.
Fue una hoguerita y nada más,
pero con ella entré en calor
y aún me calienta el corazón
como una Noche de San Juan.

Carbonero, el enterrador
cuando a ti te vaya a buscar
cíelo a través te mandará
al Reino de Dios.

Es para ti esta canción,
tú, posadera, que sin más
me diste pan, un trozo o dos,
cuando hambre me tocó pasar.
Porque abriste el aparador
cuando la gente del montón,
la gente honrada del lugar,
se reía al verme ayunar.
Fue un mendruguito nada más,
pero con él entré en calor
y aún me calienta el corazón

igual que un banquete sin par.

Posadera, el enterrador
cuando a ti te vaya a buscar
cielo a través te mandará
al Reino de Dios.

Es para ti esta canción,
tú, forastero, que sin más
cuando la poli me trincó
me sonreiste con bondad.
Porque a ti no te alegró
como a la gente del montón,
la gente honrada del lugar,
que me llevaran a encerrar.
Fue algo de miel y nada más,
pero con ella entré en calor
y aún me brilla en el corazón
igual que un gigantesco sol.

Forastero, el enterrador
cuando a ti te vaya a buscar
cielo a través te mandará
al Reino de Dios.

MARINILLA
(Marinette), 1956

Cuando me fui a cantar mi cancioncita a Marinilla
en la Opera sentada la traidora estaba ya.
Y con mi canción yo haciendo el canelo, madre,
y, con mi canción, yo hice un papelón.

Cuando corrí a llevarle la mostaza a Marinilla
la muy traidora había acabado de cenar.
Y con mi tarro yo haciendo el canelo, madre,
y, con mi tarro, yo hice un papelón.

Cuando di de aguinaldo una bici a Marinilla
tenía la traidora un auto comprado ya.
Y con la bici yo haciendo el canelo, madre,
y, con la bici, yo hice un papelón.

Cuando fui, hecho un flan, a encontrarme con Marinilla
un tío la besaba y ella le decía: «¡Mi amor!».
Y con mi ramo yo haciendo el canelo, madre,

y, con mi ramo, yo hice un papelón.

Cuando quise volarle el poco seso a Marinilla
un catarro importuno la había matado ya.
Y con la pipa yo haciendo el canelo, madre,
y, con la pipa, yo hice un papelón.

Cuando fui, afligido, al entierro de Marinilla,
había resucitado la traidora en un pispás.
Y con mi corona yo haciendo el canelo, madre,
y, con mi corona, yo hice un papelón.

EN EL ARROYO CLARO
(Dans l'eau de la claire fontaine), 1961

Desnuda en el arroyo claro
se bañaba un atardecer.
El viento sopló, inesperado:
la ropa voló por doquier.

Para vestirse, apurada,
me pidió que fuera a buscar
un puñado de hojas de parra
y lirios o ñores de azahar.

Con unos pétalos de rosa
le hice un corpino, o algo así.
Pero ella era tan poca cosa
que con una rosa cumplí.

Y, con pámpanos de la viña,
lo que una enagua pareció.
Como era menuda cual niña
una sola hoja bastó.

Me brindó los labios, los brazos,
queriéndomelo agradecer.
Los tomé con tanto entusiasmo
que desnuda quedó otra vez.

A la ingenua, creo, gustó el juego
porque al arroyo un día y más
regresó a bañarse en cueros
pidiendo a Dios un vendaval,
un vendaval...

MORIR POR LAS IDEAS
(Mourir pour les idées), 1972

Morir por las ideas, la idea es excelente,
pero, por no tenerla, casi pierdo la vida.
Pues quienes la tenían, muchedumbre inclemente,
pidiendo mi cabeza se me echaron encima.
Supieron convencerme y mi musa insolente
abjuró de sus yerros, se sumó a su creencia,
aunque, a pesar de todo, con cierta renuencia.
Muero por las ideas, bien, mas de muerte lenta.
Bien, mas de muerte lenta.

Al no ser, realmente, demorarse un peligro,
al otro barrio iremos tomándolo con calma.
No es cosa de morir, si se forzase el ritmo,
por ideas que ya no se lleven mañana.
Pues si hay algo que amarga y desconsuela,
es caer en la cuenta, al entregar el alma,
de que has elegido la idea equivocada.
Muero por las ideas, bien, mas de muerte lenta,
Bien, mas de muerte lenta.

Los piquitos de oro que animan al martirio
en realidad en la Tierra se suelen demorar.
Morir por las ideas, y nunca mejor dicho,
es su razón de vida, y muy bien que les va.
En todos los terrenos los hay que bien superan
en la longevidad al Matusalén ese.
Por lo bajo se dicen, así me lo parece:
«Muero por las ideas, bien, mas de muerte lenta.
Bien, mas de muerte lenta».

De ideas que el dichoso sacrificio propugnan
nos proponen secuelas todo tipo de sectas.
Las víctimas novicias se hacen la pregunta:
«Morir por las ideas, vale, pero ¿qué ideas?»
Cuando las ve llegar, flameando la bandera,
y dado que, por cierto, se parecen bastante,
el sabio se pregunta a qué tumba apuntarse.
Muero por las ideas, bien, mas de muerte lenta.
Bien, mas de muerte lenta.

Si bastasen, al menos, hecatombes contadas
para cambiarlo todo y, por fin, arreglarlo;
con todas las cabezas caídas en «fechas magnas»

al paraíso terrenal habríamos llegado.
Pero la edad de oro siempre cae ad calendas,
los dioses siempre están sedientos (5) e insaciados.
Y es la muerte, la muerte, sin cesar empezando. (6)
Muero por las ideas, bien, mas de muerte lenta.
Bien, mas de muerte lenta.

A vosotros, hipócritas, os cedemos el paso;
vosotros, incendiarios, idos a morir ya,
pero dejad vivir a los demás, ¡carajo!,
que en Tierra no tienen más lujo que la vida.
La Segadora está siempre de sobra alerta,
con la guadaña no le echemos una mano.
No más danzas macabras en torno a los cadalsos.
Muero por las ideas, bien, mas de muerte lenta.
Bien, mas de muerte lenta.

LAS PAREJAS DE LOS BANCOS DE LA CALLE
(Les amoureux des bancs publies), 1953

Los que la vida no entienden,
esos bancos verdes
que en la calle ven,
creen que para los renqueantes o jadeantes son.
No cabe eso en la cabeza,
porque, con certeza,
bien sabido es,
sirven para albergar el incipiente amor.

Las parejas que en la calle se andan besando,
en los bancos, en los bancos,
ajenas a que miren de lado
los dignos transeúntes;
las parejas que en la calle se andan besando,
en los bancos, en los bancos,
con unos «¡Te quiero!» de teatro
son parejas con mucho encanto.

Con las manos agarradas
del mañana hablan
y del azul cielo
del papel que van a poner en su habitación...
Con una vida segura
—ella cose, él fuma—
cuentan sin recelo,

y en el nombre piensan ya de su hijo mayor.

Las parejas que en la calle se andan besando,
en los bancos, en los bancos,
ajenas a que miren de lado
los dignos transeúntes;
las parejas que en la calle se andan besando,
en los bancos, en los bancos,
con unos «¡Te quiero!» de teatro
son parejas con mucho encanto.

Si Santurrón y familia,
cuando pasan, miran
a esos descarados,
cuatro frescas, sin cortarse, les pueden soltar.
Pero la familia entera,
padre, madre, hija, hijo, Espíritu Santo,
bien quisiera algunas veces
comportarse igual.

Las parejas que en la calle se andan besando,
en los bancos, en los bancos,
ajenas a que miren de lado
los dignos transeúntes;
las parejas que en la calle se andan besando,
en los bancos, en los bancos,
con unos «¡Te quiero!» de teatro
son parejas con mucho encanto.

EL BULEVAR DE EL TIEMPO VUELA
(Boulevard du temps quipasse), 1976

Apenas salidos del nido
a echar un vistazo fuimos
al bulevar de El tiempo vuela,
el *Ça ira* (7) fuimos cantando
contra los viejos, gordos, blandos
que se han quedado a ras de tierra.

Ayer, jóvenes y orgullosos,
nos vieron, calle abajo, todos,
asustando a los burguesotes
con nuestra loca algazara
e improvisadas fogatas,
y pisoteando sus flores.

Jurándoles renovación,
repetir la Revolución,
otra toma de la Bastilla,
a sus desdeñadas esposas
besamos con ansia golosa,
y fecundamos a sus hijas.

En el estanque de los patos
con mucha guasa les lanzamos
adoquines a punta pala.
Y tiramos a los desechos
sus tabús, sus dioses, sus credos:
hicimos *tabula rasa.*

Cuando sonó el «alto el fuego»
teníamos ya poco pelo
y en la barba blancas hebras.
Casi nos costó distinguir
el verano de San Martín
de la estación de las cerezas. (8)

Entonces, acortando el paso,
continuamos, cojítrancos,
hasta donde estaba reunido
un batallón, de jovenzuelos
bramando contra los abuelos,
para mandarnos al asilo.

A esos chochos y baldados,
a esos sepulcros blanqueados
que si andan se tambalean
ayer, jóvenes y orgullosos,
los vimos que bajaban todos
el bulevar de El tiempo vuela.

POBRE MARTÍN
(Pauvre Martin), 1954

Con una laya echada al hombro
y en la boca un dulce canto,
y en la boca un dulce canto,
y en el ánimo un gran coraje,
se iba a trabajar al campo.

Pobre Martín, ¡ay, qué miseria!,
la tierra y el tiempo cavando.

Desde la aurora hasta el ocaso,
para ganarse el pan diario,
para ganarse el pan diario,
iba a cavar en cualquier tierra,
fuera con sol, fuera nevando.

Pobre Martín, ¡ay, qué miseria!,
la tierra y el tiempo cavando.

Sin que le asomase a la cara
ni envidia ni un gesto malo,
ni envidia ni un gesto malo,
cultivaba los campos de otros,
cava que cava sin descanso.

Pobre Martín, ¡ay, qué miseria!,
la tierra y el tiempo cavando.

Y cuando le mandó la muerte
que labrase su último campo,
que labrase su último campo,
él mismo se cavó la tumba,
oculto y apresurado.

Pobre Martín, ¡ay, qué miseria!,
la tierra y el tiempo cavando.

Él mismo se cavó la tumba,
oculto y apresurado,
oculto y apresurado,
y se tendió sin decir nada
para no andar molestando.

Pobre Martín, ¡ay, qué miseria!,
la tierra y el tiempo cavando.

EL TESTAMENTO
(Le testament), 1956

Igual que un sauce estaré triste
cuando el Dios que está junto a mí
en el hombro me dé y me chiste:
«Sube a ver qué se cuece aquí».
Tocará despedirse entonces,
a cielo y tierra renunciar.
¿Seguirá en pie el pino o roble

que a mi ataúd destinarán?
¿Seguirá en pie el pino o roble
que a mi ataúd destinarán?

Si he de mudarme al cementerio
un buen rodeo pienso dar,
haré novillos en mi entierro,
dejaré el mundo marcha atrás.
Y si el enterrador me riñe
o parezco loco, lo siento:
al otro barrio pienso irme
siguiendo el paso del más lento,
al otro barrio pienso irme
siguiendo el paso del más lento.

Antes de tirarles los tejos
a las ánimas de buen ver,
tener otro amorío espero,
que me encandile otra mujer.
Decir una vez más: «Te quiero»,
una vez más perder el norte,
mientras deshojo el crisantemo,
que es la margarita *post mortem,*
mientras deshojo el crisantemo,
que es la margarita *post mortem.*

Ojalá mi viuda se alarme
cuando me vayan a enterrar;
para que lágrimas derrame
y una cebolla esté de más.
Que en segundas nupcias se case
con alguien alto como yo,
que pueda aprovechar mis trajes,
zapatillas y chaquetón,
que pueda aprovechar mis trajes,
zapatillas y chaquetón.

Le cedo mi mujer, mi vino,
mi pipa y tabaco también,
pero que nunca, ¡voto a bríos!,
les dé a mis gatos puntapiés.
Porque, aunque tengo mucha calma
y soy un hombre sin maldad,
si les pega habrá un fantasma
que siempre lo perseguirá,
si les pega habrá un fantasma

que siempre lo perseguirá.

Yace aquí una hoja seca. (9)
Mí testamento se acabó.
Pongan encima de mi puerta:
«Cerrado está por defunción».
Me marcho sin resentimiento,
no sufriré más al tuntún.
Estoy en la fosa del tiempo
que es nuestra fosa común,
estoy en la fosa del tiempo
que es nuestra fosa común.

EL OMBLIGO DE LAS MUJERES DE POLICÍAS
(Le nombril des femmes d'agents), 1953

Verle el ombligo a la parienta
de un poli no es espectáculo
que ni al peor de los estetas
lleve nunca a lo más alto.
Pero hubo en el París antiguo
un hombre bueno y sin malicia:
se moría por ver el ombligo
de una mujer de policía.

«Me hago viejo —decía dolido—,
y en lo que llevo de vida
he visto muchos ombligos
de toda categoría:
mujeres de enterradores,
carboneros y bolingas,
pero me falta en el lote
la mujer de un policía.

»Mi padre se lo vio, tal cual,
a la de un gendarme, o de varios.
Pudo mi hermano disfrutar
del de esposas de funcionarios.
Vio mi hijo el de la señora
de un ministro de Justicia.
Servidor el ombligo añora
de una mujer de policía».

A aquel anciano venerable
la mujer de un poli quiso,
al oírlo quejarse en la calle,

si era posible, dar auxilio.
«Voy a terminar yo —le dijo—
con tan tremenda injusticia,
y que por fin vea el ombligo
de una mujer de policía».

«¡Aleluya! —dijo el anciano—,
llega el fin de mi tormento.
Benditos todos los santos,
que voy a cumplir mi sueño».
Y se metió, muy conmovido,
bajo las faldas de esa amiga
para echarle un ojo al ombligo
de una mujer de policía.

Pero estaba, ¡ay!, tan débil
por su obsesiva manía,
que cuando iba a dar fin
a medio siglo de codicia
lo dejó la muerte tendido
sobre la cómplice tripa:
se quedó sin ver el ombligo
de una mujer de policía.

LA TUNANTE
(La traîtresse), 1961

Voy la muerte invocando, ía espero sin temor,
no me importa la vida. Busco un enterrador
con una tumba en venta a precio reducido.
A mi amante pillé liada con su marido.
¡Mi amante, qué tunante!

Creía el amor tener clavado en el arpón,
ondeaba mi bandera en madama Dupont.
Pero en el bosque ayer, todo está consumado:
pillé con su marido a mi amante, ¡qué asco!
¡Mi amante, qué tunante!

¿Los nombres hallaré y las palabras ciertas
que expresen la infamia de esa hija de perra
que con. su esposo va engañando a su amante,
llevando el adulterio a un punto culminante?
¡Mi amante, qué tunante!

¿Dónde tenía los ojos? ¿Qué llevaba yo dentro

(que no me percaté, desde hace algún tiempo,
de que sus besos ya eran sin frenesí
y que paría niños que no salían a mí?
¡Mi amante, qué tunante!

Me hincó el cuerno aún más en pleno corazón,
con un refinamiento satánico y burlón,
la pérfida, al decir de mí, sin disimulo:
«El que más lo parece no es el más cornudo».
¡Mi amante, qué tunante!

A los Dupont pille, pareja de fulleros,
viviendo su romance a partir de cero.
A mi amante pillé, ambigua y reticente,
dando a sus cornudos un orden diferente.
¡Mi amante, qué tunante!

PÉNÉLOPE
(Pénélope), 1960

Tú, la esposa modelo,
el grillo del hogar,
ni un siete en el vestido
que llevaste al altar,
tú, Pénélope, la intratable,
por tu feliz carril,
que nada va a torcer,
¿no acaricias jamás,
sin la honra perder,
gratos sueños inconfesables,
gratos sueños inconfesables?

Y detrás del visillo,
el regreso esperando,
sin salirte del tiesto,
de un Ulises de barrio,
con tus labores, vuelta a vuelta,
en noches displicentes
y de melancolía,
¿bajo otro dosel
soñaste que dormías
y contabas estrellas nuevas,
y contabas estrellas nuevas?

¿En ninguna ocasión
deseaste la promesa

de un amorío fugaz
que coge por sorpresa
y que bagatelas nos narra;
pone las margaritas
del huerto, y en la rama
del casero vergel
la prohibida manzana,
tus puntillas hombro por manga,
tus puntillas hombro por manga?

¿No deseaste nunca
con el ángel toparte,
o el demonio quizá,
que alza el arco en el aire
y malignas flechas dispara;
que carne de mujer
da a las estatuas frías,
su virtud zarandea,
del pedestal las tira
y les quita la hoja de parra,
y les quita la hoja de parra?

No has de temer que el cielo
en cuenta te lo tenga,
no da para temer
que vaya a rienda suelta
el corazón en su galope.
El pecado venial,
la falta sin laurel,
la cara oculta es
de la luna de miel,
el precio que paga Penelope,
el precio que paga Pénélope.

EL DESCREÍDO
(Le mécréant), 1960

Por los tiempos que corren no hay nada peor,
nada más irritante que no creer en Dios.

¡Si pudiera tener la fe del carbonero,
orondo como un papa, tonto como un puchero!

Mi vecino de arriba, que es un tal Blaise Pascal,
me ha aconsejado, amable, por pura amistad:

«Hínquese de rodillas y póngase a rezar
haga como que cree y muy pronto, creerá».

Y yo empecé a soltar, de hinojos en el suelo,
cientos de avemarias y de padrenuestros.

En tren y en autobús, por calles y cafés,
fui rezando de todo, en latín también.

Un hábito encontré, que alguien quiso colgar.
Como me estaba bien, lo usé de disfraz.

Y recién tonsurado, sin soltar la guitarra,
en camino me puse hacia la fe que salva.

Topé con un montón de beatas meapilas.
Tomándome por otro, a coro me pedían:

«Ay, padre, cántenos alguna canción santa
algún himno de esos que solo usted canta».

Rascando la guitarra, con piedad encendida.
Puta de ti canté y también *El gorila.*

Llamándome impostor, traicionero y falso,
pretenden darme el mismo trato que a Abelardo.

Voy a entrar en las filas de mudos del serrallo.
Ninguna moza más se me echará en los brazos.

Con mi aflautada voz haré muchos primores
igual que hacen en Viena esos niños cantores.

La dama de un ropero, buena samaritana,
dijo al oír el barullo: «¡Alto ahí, insensatas!

»Hay tantos hombres hoy de perversas tendencias
empeñados en darle a Cupido la vuelta.

»Tantos hombres carecen de viriles encantos
que los que aún los tienen, mejor conservarlos».

Razón tan contundente cayó como un mazazo,
y me pude marchar con vítores y aplausos.

No pienso buscar más el camino del cielo.
La fe que venga sola y, si no, lo siento.

No me dediqué nunca ni a matar ni a violar,
y hace ya cierto tiempo que dejé de robar.

Si existe el Padre Eterno ya tiene que saber
que no actúo peor que si tuviera fe.

MAMI, PAPI
(Maman, papa), 1952

Mami, mami, componiendo este estribillo,
mami, mami, vuelvo a ser un chiquillo.
Y para darte contento
soy formal en clase,
logro los mejores puestos.
¡Alégrate!
Mami, mami, me gusta más tu regazo,
mami, mami, que los juegos alocados.
Y, calladito, escucharte cantar para mí.
Mami, mami, mami, mami.

Papi, papi, componiendo este estribillo,
papi, papi, vuelvo a ser un chiquillo.
Y te oigo en plena tormenta
recurrir al humor
para hacer más llevadera
nuestra aprensión.
Papi, papi, fuimos siempre un pocos secos,
papi, papi, para expresar nuestro afecto.
Pero te quería mucho y sé que tú a mí.
Papi, papi, papi, papi.

Mami, papi, componiendo este estribillo,
Mami, papi, vuelvo a ser un chiquillo.
Y, gracias a este artificio,
al fin he comprendido
todos vuestros sacrificios.
¡Padres míos!
Mami, papi, me arrepiento con pesar,
mami, papi, de haberos hecho llorar
cuando aún no os entendía ni vosotros a mí.
Mami, papi, mami, papi.

JUANA
(Jeanne), 1962

En casa de la Juana (10)
está la puerta abierta a quien no tenga hogar,

la posada de Dios se podría llamar,
si no fuera que existe otra.
Solo allí se puede entrar
sin llamar ni ensenar la patita.

En casa de la Juana
se puede ser cualquiera, se llega cuando sea
y por arte de magia, cual si un milagro fuera,
se ha entrado ya en la familia.
En su corazón siempre cabe
alguien más, apretándonos.

En casa de la Juana
no hay dinero y su mesa está medio vacía,
pero el pan que te da te sacia de por vida
por la forma en que te lo ofrece.
Su agua y su pan saben
a vino y tarta, o aún mejor.

En casa de la Juana
se paga, si se puede, unos precios muy caros:
un beso en la frente o en el pelo blanco,
unos acordes de guitarra.
De propina, un gato escaldado
o un perro con tina.

En casa de la Juana
no dejó la cigüeña ningún niño pequeño
que querer y amparar contra marea y viento,
y que llevar pegado al pecho
para regarlo con su leche.
Otra estaría inconsolable.

Pero es que a la Juana
todo eso le da igual, no le importa un pimiento
ser la madre de tres renacuajos, ¡qué invento!,
cuando ella es madre universal
y cuando es suyo el total
de hijos en tierra, cielo y mar.

LA VISITA
(La visite), 1979

No éramos ningunos ogros,
no teníamos tina o piojos,
ni siquiera ladillas.

No éramos malhechores,
sino de los alrededores
e íbamos de visita.
No teníamos planeados
pillajes o sacomanos,
ni intenciones ilícitas,
no queríamos arrasar
ni su tierra ni su hogar:
íbamos de visita.

No fuimos dando alaridos
sino con paso indeciso
y actitud comedida.
No entramos a trabucazos
sino abriendo los brazos:
íbamos de visita.
Pero, de tácito acuerdo,
entraron en su agujero
y echaron la aldabilla.
Ocultaron tras los postigos
a sus mujeres e hijos:
no querían visitas.

No fuimos a sermonearlos
ni tampoco a adoctrinarlos,
con fines de conquista.
Pretendíamos, sin más,
decirles «¡Hola!» al pasar,
íbamos de visita.
Fuimos solo a presentarnos
y, quizá, con ellos tratarnos
y hacer buenas migas:
estábamos convencidos
de que el roce haría el cariño,
íbamos de visita.

Por desdicha, les daba igual
nuestra superflua amistad
que no se necesita.
Así que cerramos los brazos,
media vuelta y nos marchamos:
se acabó la visita,
se acabó la visita.

SATURNO

(Saturne), 1964

Es mohíno y es taciturno,
y, en cosas del tiempo, imperante.
El nombre es bonito: Saturno,
pero es un dios muy inquietante.
El nombre es bonito: Saturno,
pero es un dios muy inquietante.

Cejijunto, según va andando,
maltrata a las rosas por juego
y así se entretiene un rato:
quiere el Tiempo matar el tiempo.
Y así se entretiene un rato:
quiere el Tiempo matar el tiempo.

Ahora te ha tocado, preciosa,
que te eche a ti el mochuelo.
Y su juego ha ido a tu costa:
te salpicó de plata el pelo.
Y su juego ha ido a tu costa:
te salpicó de plata el pelo.

No están mal las flores de otoño,
todos los poetas lo han dicho.
Te miro y te juro por todo
que no mintieron ni un poquito.
Te miro y te juro por todo
que no mintieron ni un poquito.

Volvamos —ven, mi favorita—
volvamos los dos al jardín.
Deshojemos la margarita
del verano de san Martín.
Deshojemos la margarita
del verano de san Martín.

Bien sé yo qué tienes, qué eres.
Para que olvidarlo pudiera
Saturno tendría mil veces
que voltear el reloj de arena.
Y a la mocosa esa de enfrente,
por mí, le pueden dar boleta.

TENGO EL HONOR DE NO PEDIRTE LA MANO

(La non-demande en mariage), 1966

Ay, dama mía, os lo suplico,
no le clavemos a Cupido
su propia flecha.
Tantos amantes lo han probado
y la dicha les ha costado
tamaña ofensa.

Tengo el honor de no pedirte la mano.
No queramos andar pergaminos firmando.

Libre, el ave las alas abra.
Unos presos bajo palabra
seremos ambos.
Al diablo las cocineras
que el corazón a las cazuelas
dejan atado.

Tengo el honor de no pedirte la mano.
No queramos andar pergaminos firmando.

Suele Venus hacerse vieja
y delante de la grasera
se queda frita.
De ninguna manera quiero
ir deshojando en el puchero
la margarita.

Tengo el honor de no pedirte la mano.
No queramos andar pergaminos firmando.

Se reducen a mucho menos,
sí se desvelan, los secretos
de Melusina.
De las cartas de amor el brillo
pierde la tinta entre los libros
de cocina.

Tengo el honor de no pedirte la mano.
No queramos andar pergaminos firmando.

Puede parecer apañado
meter en el fondo de un tarro
de mermelada
el gustoso fruto prohibido,
pero ya está todo perdido:
no sabe a nada.

Tengo el honor de no pedirte la mano.
No queramos andar pergaminos firmando.

No necesito una criada,
de eso de llevar una casa
yo te dispenso.
Y mi novia eterna serás,
la dama que siempre tendrá
mis pensamientos.

Tengo el honor de no pedirte la mano.
No queramos andar pergaminos firmando.

UNA EVITA DE MÁS
(Une petite Eve en trop), 1982

Aunque no es mi estilo ir hecho un adán,
vivo solo en el mundo, y es un gran pesar,
un gran pesar.
No he visto en mi hogar un solo grillo aún
ni de ningún vestido he oído el frufrú.
Una Eva de pelo largo que me querrá
que cabe la lumbre se sentará a hilar,
que conmigo beba el vino y la hez,
y la cama me ayude a hacer y deshacer.

Mi corazón vacío, ¿quién me ayuda a llenar?
¿En el cielo no habrá una Evita de más?
Mi corazón vacío, ¿quién me ayuda a llenar?
¿En el cielo no habrá una Evita de más?
Una Evita de más.

La noche eterna es durmiendo en soledad,
la sábana más suave cual mortaja es ya,
mortaja es ya.
Y a menos que estés en olor de santidad,
la mujer del vecino te obsesionará.
Ni criada ni víctima la voy a hacer,
ni siquiera con una flor le pegaré.
Sin ánimo de molestar, todo lo más,
puede que el vestido le llegue a arrugar.

Mi corazón vacío, ¿quién me ayuda a llenar?
¿En el cielo no habrá una Evita de más?
Mi corazón vacío, ¿quién me ayuda a llenar?

¿En el cielo no habrá una Evita de más?
Una Evita de más.

Y no estaría mal, amén de lo anterior,
que encantos tuviera en torno al corazón,
al corazón.
Cuando su fruto los manzanos ya no den,
dichoso quien en casa aún lo pueda comer.
De antemano las gracias te doy, Señor,
dame una compañera, rápido, por favor.
Pagar una costilla no me importará,
pues al que algo quiere, algo le ha de costar.

Mi corazón vacío, ¿quién me ayuda a llenar?
¿En el cielo no habrá una Evita de más?
Mi corazón vacío, ¿quién me ayuda a llenar?
¿En el cielo no habrá una Evita de más?
Una Evita de más.

EL ARCO IRIS DURADERO
(L'arc-en-ciel d'un quart d'heure)

El arco iris que, sorprendidos,
contemplamos al escampar,
si perdura, es aburrido
y nadie lo mira más.
Lo dice el refrán: lo bueno,
si breve dos veces bueno.

Un arco iris duradero
ya no causa sensación.
Un arco iris duradero
es un tostón.

El líder a quien las masas
encomendaron el mando
cuando el barco peligraba
e iba dando bandazos,
al pasar el aguacero
no llegó a la reelección.

Un arco iris duradero
ya no causa sensación.
Un arco iris duradero
es un tostón.

«¡Cuánto te quiero! —decía
la adorable criatura—.
Si mueres, me quemo viva
contigo en tu sepultura».
Y le gustó el sepulturero
el día que me enterró.

Un arco iris duradero
ya no causa sensación.
Un arco iris duradero
es un tostón.

El ilustre comicastro
que a lo largo de tres lustros
acaparó los aplausos,
ahora es un recuerdo oscuro,
y no queda ni un reflejo
de aquel astro que brilló.

Un arco iris duradero
ya no causa sensación.
Un arco iris duradero
es un tostón.

ARRIMADO A MI ÁRBOL
(Auprès de mon arbre), 1956"

A mi amigo el roble,
que era mi otro yo,
de manera innoble
le he dado plantón.
Eramos del mismo palo
de madera ruda y tosca
con la que se hacen los bastos
amén de otras muchas cosas.
Ahora tengo fresnos,
árboles del amor,
de alto fuste esbelto
e ilustre plantación.
Aun así echo de menos
que seamos tronco y rama,
mi único árbol navideño,
mi árbol de cucaña.

Arrimado a mi árbol
vivía feliz.

No debería haber dejado a mi árbol...
Arrimado a mi árbol
vivía feliz.
No tendría que haberme ido de allí.

Seré un desgraciado
por siempre jamás:
mi pipa he tirado,
la de tiempo atrás.
Mi vieja pipa de brezo
tan comprensiva y afable
que nunca me quemó el belfo
ni con tabaco infumable.
Tengo pipas finas
de espuma de mar
de las que te obligan
a alardear.
Pero sé que mientras viva
añoraré, cuando fumo,
el sabor de mi cachimba
¡y estoy que echo humo!

Arrimado a mi árbol
vivía feliz.
No debería haber dejado a mi árbol...
Arrimado a mi árbol
vivía feliz.
No tendría que haberme ido de allí.

Que soy un infame
no puedo negar:
decidí largarme
de mi dulce hogar.
He dejado a mi mujer
porque, al cabo de los lustros,
uno se harta de ver
lo que antes le daba gusto.
Muevo cielo y tierra
para encontrar
a otra compañera
de igual calidad.
Porque aunque le quedaran
los garbanzos poco hechos
en seguida me abrazaba
en un mal momento.

Arrimado a mi árbol
vivía feliz.
No debería haber dejado a mi árbol...
Arrimado a mi árbol
vivía feliz.
No tendría que haberme ido de allí.

Era una buhardilla
mi única morada
por cuyas rendijas
el cielo asomaba.
De noche, tenía envidiables
vistas para ir de excursión:
por un beso, a mis amantes
llevaba a la Osa mayor.
Dejé la buhardilla,
ahora me da igual
si nieva o diluvia:
no me he de mojar.
Espero volver al cielo
si antes no pierdo el oremus:
hace siglos que no veo
un monte de Venus.

Arrimado a mi árbol
vivía feliz.
No debería haber dejado a mi árbol...
Arrimado a mi árbol
vivía feliz.
No tendría que haberme ido de allí.

LA MAR DE AMIGOS
(Les copains d'abord), 1964

No se parecía ese barco
a la balsa de Géricault,
en todo puerto era sabido,
era sabido.
Navegaba sin sobresaltos
surcando el charco de los patos;
se llamaba *La mar de amigos,*
La mar de amigos.

No corría ningún albur
sino *fluctuat net mergitur, (11)*

a despecho de los cenizos,
de los cenizos.
Tripulación y capitán
no eran gente desleal:
cantaradas, o mejor dicho,
la mar de amigos.

Su amistad no era lujosa
ni era de Sodoma y Gomorra,
ni tampoco algo exquisito,
algo exquisito.
Montaigne y La Boétie no habrían
elegido su compañía.
Eran tipos sin remilgos
la mar de amigos.

Tampoco es que fueran santos,
a los Evangelios, ¡ni caso!,
mas era el amor su alisio,
amor su alisio.
Juan, Pedro, Pablo y compañía
no tenían otra letanía
ni más credo que estar unidos,
la mar de amigos.

Al menor soplo de turbión,
la amistad tomaba el timón,
marcaba el rumbo y el destino,
rumbo y destino.
Si la cosa estaba fea,
lanzaban con las banderas
SOS a brazo partido,
la mar de amigos.

Al embarcar, normalmente
no babía ningún ausente:
solo si no estaba vivo
faltó un amigo.
Pero, para siempre jamás,
lo añoraban los demás.
Su recuerdo ¡voto a bríos!
duraba un siglo.

He subido a muchos barcos,
y solo uno ha aguantado
y el rumbo ha mantenido,

ha mantenido:
navegaba sin sobresaltos
surcando el charco de los patos;
se llamaba *La mar de amigos,*
La mar de amigos.

BALADA DE LA GENTE QUE HA NACIDO EN SU TIERRA

(La ballade des gens qui sont nés quelque part), 1972

Hay que ver qué bonitos son todos esos pueblos,
burgos, villas, aldeas, parajes y ciudades.
Todos con sus castillos, iglesias y paseos,
solo tienen un pero, y son sus habitantes.
Los habitantes, esa gente que nos mira
a los demás desde sus altas fortalezas.
Chovinistas de raza luciendo su banderita:
venturosos gilís que han nacido en su tierra,
venturosos gilís que han nacido en su tierra.

Malditos sean los hijos de su patria (12) madre,
con un palo en el culo subidos a su espadaña,
que te enseñan sus torres, sus museos, sus parques,
por su tierra natal te pasean ad nauseam.
Da igual que esta sea París, Sète (13) o Marruecos,
o el culo del mundo, o incluso Villamierda,
los muy impresentables tienen que sacar pecho:
venturosos gilís que han nacido en su tierra,
venturosos gilís que han nacido en su tierra.

Sus avestruces esconden la cabezota
en una arena que es la más fina del mundo.
Y para inflar sus globos y jabonosas pompas
el aire que utilizan no puede ser más puro.
Y así se envalentonan hasta acabar creyendo
que sus caballos, incluso los de madera,
son la envidia de todos por su excelente estiércol:
Venturosos gilís que han nacido en su tierra,
Venturosos gilís que han nacido en su tierra.

Donde vieron la luz no es lugar cualquiera
Y, muy sinceramente, compadecen a esos
que, por su mala pata, poco seso o torpeza,
decidieron nacer en lugares ajenos,
Cuando a rebato tocan sobre su dicha endeble,

contra las hordas de barbarie extranjera,
de su agujero salen a morir en el frente:
Venturosos gilís que han nacido en su tierra,
Venturosos gilís que han nacido en su tierra.

Dios mío, ¡qué a gusto se estaría en el mundo
Si en él no habitara esa raza absurda!:
la fastidiosa raza de gente del terruño
que doquier proliféra, gente de cepa pura,
La vida sería hermosa en cualquier contingencia
Si no hubieses creado a esos gilipuertas.
Son, sin duda, la prueba de tu inexistencia:
venturosos gilís que han nacido en su tierra,
venturosos gilís que han nacido en su tierra.

A LA SOMBRA DE LOS MARIDOS
(À l'ombre des maris), 1972

Que ningún adalid de la virtud se ofenda,
pero cuando el Titanic se estaba hundiendo
si me hubiera tocado a mí ser capitán
habría gritado: «¡Adúlteras primero!».

A la mujer adúltera no lapidar,
que estoy detrás...

Porque para calmar el deseo acuciante
del pobre solitario, que no es de piedra,
no hay nada comparable a la esposa inconstante:
si es de ferroviario la palma se lleva.

A la mujer adúltera no lapidar,
que estoy detrás...

Ustedes, caballeros, amen como les plazca,
en lo que a mí respecta, desde que he aprendido
que la adúltera es la mujer que me encanta
busco la dicha a la sombra de los maridos. (14)

A la mujer adúltera no lapidar,
que estoy detrás...

Hablando de maridos, no hace falta decir
que no vale cualquiera, tengo que escoger:
si la señora de Dupont me hace tilín
el tal Dupont me tiene que gustar también.

A la mujer adúltera no lapidar,
que estoy detrás...

Es menester que el hombre no sea malcarado
porque, si no, renuncio y me largo por pies.
Pues no pienso beber, soy así de mirado,
del mismo vaso que un tío que no me cae bien.

A la mujer adúltera no lapidar,
que estoy detrás...

Mucho tiempo atrás, cuando hacía pinitos,
a mujeres de poli quise conquistar.
Por entonces no era un esteta exquisito.
Esa falta de gusto no me aqueja ya.

A la mujer adúltera no lapidar,
que estoy detrás...

Si soy tan melindroso es porque considero
que el marido un dandi completo ha de ser.
Pues de tanto pasarnos, uno al otro, el relevo
es nuestra relación muy íntima también.

A la mujer adúltera no lapidar,
que estoy detrás...

Y si a veces te topas con maridos infames,
los hay tan educados, afables y buenos
que aunque su mujer dejara de gustarte
fingirías que no, solamente por ellos.

A la mujer adúltera no lapidar,
que estoy detrás...

Eso me pasa a mí: me pongo enfermo y triste
cuando a cierta bruja debo complacer.
Siendo el marido y yo como Orestes y Pílades,
por no perderlo a él sigo con su mujer.

A la mujer adúltera no lapidar,
que estoy detrás...

No solo no la quiero, de propina me engaña.
Entonces pego voces, pierdo los estribos:
«¡Hasta aquí hemos llegado, se acabó esta patraña!»,
y el marido me ruega: «¡Quédese conmigo!».

A la mujer adúltera no lapidar,

que estoy detrás...

Y me quedo con él, y nos lisonjeamos:
—Mi cornudo favorito —le digo—, es usted.
—Entre mis cornamentas —me contesta, halagado—
la que le debo a usted siempre preferiré.

A la mujer adúltera no lapidar,
que estoy detrás...

Y ya que me he quedado, cuando la bruja esa
y su amante reciente están entretenidos,
la niñera está fuera y el marido de pesca,
soy yo, pobre infeliz, quien cuida de los niños.

A la mujer adúltera no lapidar.

EL NOMEOLVIDES
(Le myosotis), ig$7

Quisiste largarte
y aquí me dejaste,
te fuiste siguiendo
a tu Creso viejo.
Y al despedirte,
por si estaba triste,
me entregaste aún
un ramillete azul,
quizá por fingir:
un miosotis.
Y me susurraste:
«Para no olvidarme».

Por tener la suerte
de hablar de ti siempre
le estuve enseñando
el idioma humano.
Cuentan que las rosas
dicen cuatro cosas,
palabras de amor
que repiten con ardor.
Al miosotis
le gusta decir,
más bien susurrar:
«No la olvidarás».

El tiempo pasó
y, palabra de honor,
que busqué la dicha
con otras conquistas.
Si había indicios
de que un amorío
se tornaba amor,
no perdía la ocasión
el miosotis
del tiesto salir,
gritar y encresparse:
«¡Prohibido olvidarme'.».

Yo me largaré
algún día también,
cuando Dios decida
o el diablo, quizá,
A mis herederos,
por favor, les ruego
tengan la bondad
de encima de mí plantar,
es un justo fin,
el miosotis,
que susurrará:
«No hay que olvidar».

Si aún sigues viva,
pécora querida,
un día improbable,
si es que te place,
ven al cementerio
a ver a este necio
que empeñó su amor
por el nombre de una flor.
Me atrevo a decir
que el miosotis
te va a susurrar:
«No lo olvidarás».

LAS ILUSIONES PERDIDAS
(Les illusions perdues) (15)

Desde que mi primera pompa alguien pinchó,
hace ya medio siglo, me aburro un montón.
Hace una eternidad, tiraron del tejado

a mi Papá Noel y aún no lo he superado.

Mi primer desamor. La cosa quedo así:
hasta el séptimo cielo nunca volví a subir.
Como Dios desbarraba, decidí desclavar
a Jesús de la cruz: ya no pintaba nada.

¡Que vivan los Urales! Cantaba el mañana. (16)
De pronto me di cuenta de que desafinaba.
Quise irme corriendo de este mundo de orates,
así que fui a buscar un mar donde ahogarme.

Como el barco de amigos (17) pasaba por allí
a ese salvavidas con fuerza me cogí.
Se regeneró todo como si fuera magia,
la esperanza dejó de estar desesperada.
Se regeneró todo como si fuera magia,
la esperanza dejó de estar desesperada.

LOS PATANES
(Les croquants), 1956

Montados en dinero, van a la capital
los patanes y compran, a personas cabales,
doncellas, y por unos reales,
tocan aquí, tocan allá...
Mas la carne de Lisa, esa carne fragante,
que los sucios ricachos sepan, en adelante,
está al alcance del que ofrezca
manos vacías y mirada tierna.

Y los patanes se acongojan,
los sorprende, los sorprende,
cuando una chica tan guapa
así cede, así cede
al primer don nadie que pasa.
Los patanes se caen de espaldas.

Chicas de buena vida y de buenos modales
venden su florecilla en pública subasta,
y con ellos se van a la cama
cuando lo piden los patanes.
Mas la carne de Lisa, esa carne fragante,
que los sucios ricachos sepan, en adelante,
que nunca va a conceder nada
a contra gusto, a contra pasta.

Y los patanes se acongojan,
los sorprende, los sorprende,
cuando una chica tan guapa
así cede, así cede
al primer don nadie que pasa.
Los patanes se caen de espaldas.

De las chicas honradas el recio corazón
lleva dentro una flor de larga duración
como las de papel de] sombrero
o de piedra del cementerio.
Lisa tiene, en cambio, muy grande el corazón,
le gusta renovarlo con cada estación
y no repite nunca el color,
siempre va cambiando de flor.

Y los patanes se acongojan,
los sorprende, los sorprende,
cuando una chica tan guapa
así cede, así cede
al primer don nadie que pasa.
Los patanes se caen de espaldas.

ESTOYASUSPIES
(Je me suis fait tout petit), 1956

Jamás ante nadie cl sombrero
me he quitado
y ahora doy la pata y me tiro al suelo
a su mandato.
Era perro fiero, ahora en los deditos
yo le como.
Perdió sus feroces colmillos
aquel lobo.

Estoy a sus pies, muñequita (18) que
cierra los ojos al tumbarla.
Estoy a sus pies, muñequita que
dice «mamá» al auparla.

Con lo duro de pelar que era yo,
muy maliciosa,
calentito y tierno me guisó
para su boca,
de dientes de leche para la canción

y la sonrisa,
y dientes de lobo cuando el mal humor
la encorajina.

Estoy a sus pies, muñequita que
cierra los ojos al tumbarla.
Estoy a sus pies, muñequita que
dice «mamá» al auparla.

Sometido estoy, solo sé acatar
lo que ella ordena,
aunque más allá de lo natural
celosa sea.
A una florecilla que me pareció
que era bonita
le costó la vida porque la mató
con la sombrilla.

Estoy a sus pies, muñequita que
cierra los ojos al tumbarla.
Estoy a sus pies, muñequita que
dice «mamá» al auparla.

Magos y videntes dicen sobre mí,
no sin agrado,
que los brazos me abre para ahí morir
crucificado.
Hay muertes mejores, también es vcr<l;id,
las hay peores,
pero qué más da, ya que te han de ;ihoiv;ir,
cómo te ahorquen.

Estoy a sus pies, muñequita que
cierra los ojos al tumbarla.
Estoy a sus pies, muñequita que
dice «mamá» al auparla.

NO SE HACE SINO QUE NACE
(Le temps ne fait rien à l'affaire), 1961

Cuando es un polluelo,
apenas del huevo
nacido,
todo mozalbete
cree a los vejetes
cretinos.

Cuando canas peinan
y arrugas les han
salido,
creen los carcamales
a los chavales
cretinos.
Y yo, que estoy entre ambos bandos,
les doy a todos un recado.

No se hace sino que nace:
quien es cretino, es cretino.
En nada influyen las edades:
quien es cretino, es cretino.
Ninguna competencia haya
de crecederos con crecidos,
cretinos de la última hornada,
o cretinos de otro siglo,
cretinos de la última hornada,
o cretinos de otro siglo.

Cretinos recientes,
aún inocentes,
mozuelos,
que, no lo neguéis,
muy cretino veis
al abuelo;
cretinos maduros
y ya canudos,
viejales,
que a los jovencitos
tenéis por cretinos
totales;
oíd el imparcial recado
de uno que está entre ambos bandos.

No se hace sino que nace:
quien es cretino, es cretino.
En nada influyen las edades:
quien es cretino, es cretino.
Ninguna competencia haya
de crecederos con crecidos,
cretinos de la última hornada,
o cretinos de otro siglo,
cretinos de la última hornada,
o cretinos de otro siglo.

LOS PATRIOTAS
(Les patriotes), 1976

Llevan nuestros inválidos una cruz más colgada:
no es no poder seguir ya a las chicas, ¡vive Dios!,
mas no regresar nunca al campo de batalla.
La rama de olivo no es nuestro símbolo, ¡no!

Lo que a nuestros ciegos les da mucha dentera
no es no poder recrearse la vista, ¡vive Dios!,
mas no ver nunca más los colores de la bandera.
Los Vosgos y su línea azul nuestro horizonte son. (19)

Y lo que a nuestros sordos tiene muy afectados
no es perderse los cantos de sirenas, ¡vive Dios!,
mas no volver a oír ya nunca más a los soldados
tocando las trompetas, los clarines y el tambor.

Y lo que a nuestros mudos más los desespera
no es no poder echar más piropos, ¡vive Dios!,
mas no volver a cantar a coro *La Marsellesa.*
un himno militar es nuestra única canción.

Lo que a nuestros mancos les resulta más duro
no es no poder ya pellizcar un culo, ¡vive Dios!,
mas no tener con qué cuadrarse en militar saludo.
Nunca el corte de mangas será nuestro gesto, ¡no!

Lo que a nuestros baldados tiene alicaídos
no es no poder ir de picos pardos, ¡vive Dios!,
mas que no pueden ya cargar contra los enemigos.
Donde esté Rosalía, (20) que se quite Madelón.

Y nuestros amputados de sus viriles prendas
no sienten no cumplir con su señora, ¡vive Dios!,
mas no pasar a las enemigas por la piedra.
La paloma de la paz estofada está mejor.

Y si nuestros difuntos están como alma en pena
no es por no poder ya morirse de amor, ¡vive Dios!,
sino porque no los matarán en próximas guerras.
¡Si están en más monumentos a los muertos, mejor!

(20) Rosalie era el apodo que le daban los soldados franceses a la bayoneta, muy larga y puntiaguda, del fusil Lebel; así lo refleja, por ejemplo, la canción Rosalie que, en 1915, compuso el cantautor Théodore Botrel «en honor a la terrible bayoneta francesa».

SI EXISTE DIOS
(Dieu s'il existe), 1982

¿A santo de qué, digo yo,
descargó aquella tormenta
en la pradera de Margot,
echando a perder la hierba?
Al rebaño no le quedó
ni una sola brizna sana,
a lo sumo, un cardo o dos.

Si existe Dios, ¡cómo se pasa!
¡Cómo se pasa!

A todo esto, el lobo feroz,
con hambre y sin bucolismo,
desde el bosque arremetió
contra el pobre rebañito.
Y se pegó tal atracón
que no quedó ni la lana.
¿A santo de qué, digo yo?

Si existe Dios, ¡cómo se pasa!
¡Cómo se pasa!

A todo esto, el pastor
novio de la pastorcilla,
mientras ella, con devoción,
iba a la romería
(¿a santo de qué, digo yo?),
a una moza más lozana
persiguió y ¡la alcanzó!

Si existe Dios, ¡cómo se pasa!
¡Cómo se pasa!

Prado, rebaño, novio ¡adiós!
Se acabó lo que se daba.
¿A santo de qué, digo yo?
¿Quién merece tanta saña?
¡Qué abuso de divinidad!
Propongo que se debata
en el concilio que vendrá.

Si existe Dios, ¡cómo se pasa!
¡Cómo se pasa!

NOTAS

(*) La amistad se permite estas licencias.

(1) Personajes especialmente vinculados a Paris: Gavroche, el golfillo que muere en las barricadas en Los miserables de Victor Hugo; Mimí Pinson, protagonista del cuento homónimo de Alfred de Musset sobre las grisetas, jóvenes y pizpiretas operarias, especialmente las modistillas (su nombre viene de la tela barata con que solían vestirse). (Esta nota y las siguientes son de las traductoras).

(2) Véase la nota nota 6, en «Morir por las ideas» (pág. 56).

(3)Título de un poemario de Paul Verlaine.

(4) Referencia al leitmotiv del poema de François Villon «Balada de las damas de antaño».

(5) Alusión a la novela de Anatole France, “Los dioses tienen sed”, que transcurre durante el Terror, en la época de la Revolución francesa.

(6) Transposición del verso de Paul Valéry en “El cementerio marino”: «La morí, la mort toujours recommencée» en vez de «La mer, la mer, toujours recommencée». Hemos recurrido a la traducción de Jorge Guillén de ese poema, que dice: «El mar, el mar, sin cesar empezando».

(7) Uno de los himnos más populares de la Revolución francesa (letra de Ladré y música tomada de una obra de Jean-Antoine Bécourt).

(8) Referencia a “Le temps des cerises” (letra de Jean-Baptiste Clément y música de Antoine Renard), la emblemática canción asociada a la Comuna de París.

(9) Posible alusión al poema de Jacques Prévert "Canción de los caracoles que van de entierro (Chanson des escargots qui vont à l'enterrement)":
«Al entierro de una hoja seca / dos caracoles van», etc.

(10) Brassens dedica esta canción a Jeanne Planche, una amiga de la familia, en cuya humilde casa parisina vivió durante más de veinte años, y a la que consideraba como una segunda madre.

(11) «Da bandazos, pero no se hunde». Lema que figura en el escudo de París, que representa una nave.

(12) Alusión al primer verso de La Marsellesa: «Allons enfants de la patrie!» (¡Marchemos, hijos de la patria!).

(13) Ciudad natal de Brassens.

(14) Posible alusión a la novela “A la sombra de las muchachas en flor” de Marcel Proust.

(15) Posible alusión a la novela homónima de Honoré de Balzac.

(16) El periodista Gabriel Péri, miembro del comité central del Partido Comunista francés y dirigente de la Resistencia, a quien ejecutaron los nazis en diciembre de 1941, dejó escrito en su carta de despedida: «Sigo creyendo esta noche que mi querido Paul Vaillant-Couture tenía razón al decir que el comunismo es la juventud del mundo y la antesala de "un mañana que canta". Dentro de un rato me marcho para preparar i un mañana que cante».

EI verso de Paul Vaillant-Couture y la cita de Péri se han convertido en

francés en una frase hecha tanto en su pleno sentido cnanto, a veces, en sentido irónico.

(17) Alusión a la canción «La mar de amigos».

(18) Brassens dedica esta canción (al igual que otras como «Saturno», «He quedado con usted» o «Tengo el honor de no pedirte la mano») a Joha Heiman, su compañera desde 1947 hasta después de su muerte (están enterrados juntos), a la que apodaba cariñosamente Püpchen (Püppchen en alemán significa «muñequita»).

(19) «La ligne bleue des Vosges» (La línea azul de los Vosgos) es una expresión que acuñó el estadista francés Jules Ferry para referirse a la frontera natural tras la que se se encuentran Alsacia y Lorena, regiones fronterizas que históricamente han sido motivo de conflicto entre Francia y Alemania, y, por ende, uno de los símbolos del nacionalismo
francés.

Por otra parte, durante la Primera Guerra Mundial, el color del uniforme de los soldados franceses que luchaban en el frente se describía como bleu horizon (azul horizonte), que pasó a considerarse un «color patriótico».